

conocer nuestra pequeñez, nos muestra con toda claridad la fealdad en que nos tiene la imperfeccion de la soberbia.

Cuando estamos convencidos de que nada somos y advertimos que estamos llenos de defectos, nos sentimos anonadados ante la bondad del Infinito Ser.

Entonces es cuando empezamos á sentir el don de piedad cuya primera manifestacion es el agradecimiento que debemos al Padre Celestial, y el que nos infunde una sincera veneracion hácia nuestro Criador.

Este don nos obliga á rendirle como culto todo nuestro amor; y como á Dios no se le puede ver sino con los ojos de la fé, es claro que al sentimiento de piedad debe estar unida tan subime virtud.

V.

Siendo el amor el manantial de donde emanan todas las acciones morales, debe ser inmediatamente seguido del sentimiento de justicia, porque este es necesario para medir y pesar nuestras acciones, formando un recto criterio y una calificacion severa que separe los actos morales de los que no lo son.

Tomemos la balanza de la justicia y pongamos en uno de sus platillos el amor. Todo lo que se ajuste á este peso será lo verdaderamente moral y por consiguiente bueno, y todo lo contrario malo é inmoral.

No podemos alegar ignorancia en el peso, pues este debe ser siempre el mismo que quisieramos para nosotros.

Dadas las razones que preceden se comprende que el espíritu que desea seguir la senda del progreso moral, que

es la que conduce á la verdad y al bien por la práctica del amor, debe tener siempre ante sí la balanza de la justicia.

No debe fijarse jamas si el bien que hace es demasiado ó de un mérito excesivo, pero si pondrá mucho cuidado que su amor en ningun caso sea vencido.

Esta es la razon por la cual el sentimiento de justicia debe ser en seguida acompañado del de prudencia, pues este es necesario para no estar expuesto á continuas fluctuaciones, que vendrian precisamente, cuando en la balanza mencionada se pusiera en el platillo contrario al que está el amor; el desprecio, la crítica, la burla, el insulto, la inconsecuencia, la injusticia y aun la muerte.

En todos estos casos el espíritu prudente debe estar siempre aumentando mas y mas la dosis de amor, para que ningun otro peso sea capaz no solo de superarlo, pero ni aun de igualarlo.

De aquí se deduce: que el amor debe ser sin medida y que solo está en el deber de tazarlo con igualdad, el que tiene la obligacion de administrar justicia.

*
* * *

Ya he procurado explicar de que modo la prudencia alcanza la humildad, don especial de la Verdad Infinita, mas debo advertir que esta es una virtud; y aunque toda la naturaleza—y por consiguiente nuestro propio ser—es un don del Padre Celestial para la criatura, lo es aquella en un grado mucho mayor.

Este es como si se dijera el acto por el cual el Criador donándonos la virtud nos hace partícipes de su propio Ser, pues esta nos hace mas semejantes á Dios, asimilándonos una parte cada vez mas valiosa de su perfeccion en cuanto mas mérito tiene el grado de virtud que nos apropiamos.

Dios hace de ella un don continuo é infinito, y para convertirla en posesion nuestra solo se necesita recibirla, esto es, no practicar actos contrarios á sus prescripciones. Ya en este estado con facilidad podemos alcanzar su propiedad, haciéndola parte del propio ser individual.

Esto equivale á decir que es preciso individualizar la virtud, identificándonos con ella, hasta lograr que sea inseparable de nuestro **yo** inmortal.

Las facultades del espíritu, lo mismo que las virtudes, son las unas auxiliares de las otras. De modo, que se necesita la accion simultánea de todas ellas para obtener un verdadero adelanto.

Pero hay la necesidad de hacerlas conocer sucesivamente y marcar el enlace que tienen entre sí, dando la preferencia, al mencionarlas, á aquellas sin las cuales no podrian ejercerse las demas.

Esta es la razon por lo que me veo en la precision de presentarlas no con el órden que se las ha asignado hasta ahora, sino del modo que se van sucediendo en el espíritu del que trata de poseerlas.

El amor es la ley ante la cual tiene el espíritu humano que presentar sus acciones; la conciencia es el acusador.

El sentimiento de justicia tiene que fallar, y siempre que aquellas no hayan tenido por móvil el amor, la humildad nos las presentará como contrarias del bien. Entónces el primer deber del hombre es combatirlas hasta su total extirpacion.

El amor debe manifestarse íntimamente unido con todas las virtudes, pues de su inseparable union es de donde nace la moral, y cuando este sentimiento se inclina al bien y hácia la Verdad Absoluta, infunde la fe en el alma del que desea poseerlas.

La fe es una virtnd que para afianzarse necesita unirse

con la esperanza, pues siendo la primera la que nos conduce á conocer las perfecciones de la Divinidad, este conocimiento no puede conseguirse sin tener la intuicion de alcanzar lo que la fe nos muestra como el Bien Sumo.

Toda verdad para ser invulnerable debe tener un fundamento y una prueba. Como fundamento el raciocinio, como prueba las manifestaciones de la naturaleza.

Se me dirá que la fe debe ser ciega y que pierde su carácter esencial si deja de serlo; mas deben advertir los que tal cosa digan, que el raciocinio que declaro como necesario de ninguna manera es aquella, sino su apoyo.

Esta es la base en que debe descansar, y estad seguros que la fe será tanto mas firme en vuestro espíritu cuánto mas sólido sea su fundamento, pues es sabido que de la firmeza del cimiento depende lo inquebrantable de toda construccion.

Los enemigos de la razon humana son aquellos que la temen porque mina por su base los edificios que han levantado á su soberbia, en los cuales no procuran deificar la virtud sino sus preocupaciones que, apoyadas en un falso raciocinio nacido de la errónea interpretacion de las Escrituras, les ha conducido hasta el punto de abrogarse un atributo exclusivo de la Divinidad.

La infalibilidad es el baluarte tras el cual han creido poder resistir á los avances del progreso; pero no será bastante para detener el huracan de verdad.

Y digo huracan, por que no será labriza de una verdad que no pueda arrasar los obstáculos que traten de poner á su paso, sino que á pesar de la decidida oposicion tiene que abrirse camino y triunfar de todos los poderes humanos.

Jamas podrá ser cierto que la luz tema á la razon humana, por lo mismo que esta es finita y la verdad absoluta.

Se ha dicho que de la discusion nace la luz y es cierto, mas como á muchos les convienen las tinieblas, por eso huyen de la discusion que la razon promueve.

Que la razon humana está expuesta al error, ni yo ni otro ninguno podrá negarlo con fundamento; pero si esto es exacto, tambien lo es que la humanidad no poseé mas medio para alcanzar la verdad que el racionio.

Si este encuentra apoyo en las manifestaciones de la naturaleza será verdadero, y si no tiene ningun hecho natural que lo justifique será falso.

Muchas veces cuando la razon aspira al conocimiento de la verdad se engaña, aun que parece estar apoyada en algunos hechos; pero decidme: ¿en qué puede dañar á la verdad un falso racionio? ¿cambiará por esto su modo de ser?

No y mil veces no. Luego, el único perjudicado—si perjuicio puede haber en un error pasajero—será el que racionia partiendo de un punto falto de base.

¿Por qué, pues, tanta prevencion y anatema contra el racionalismo? ¡Ah! esto no es sino el temor á la verdad, mas debeis de advertir que á esta sola la temen los malhechores y aquellos que no se atreven á poner sus absurdos ante la vista de los hijos de la luz.

Sirviendo la razon como fundamento de la fe, esta será mas sólida cuanto mas bien fundada esté aquella. Y ¿qué sucederá si el racionio no es verdadero?—Que aquellos que pretenden haber alcanzado toda la verdad—lo que no es cierto—y afirman que su fe no se apoya en la razon, inmovilizando con ayuda de este error, el progreso religioso se verán abandonados aun de sus mas fervientes fieles.

Estos desertarán de la secta al no encontrar en ella nutritivo alimento para sus almas, ávidas de luz, y se alistarán en la religion universal.

Entónces los partidarios del *statu quo* se dispersarán, como los judios sin patria, hasta la renovacion del planeta, esto es, hasta el establecimiento del reinado del Espíritu de Verdad, en el que solo pueden encontrar dicha y felicidad los que pertenecen á la Iglesia católica, fundada por Cristo, sobre el amor de Pedro.

Los que tienen por fundamento de sus creencias la verdad progresiva, no porque su racionio sea falso se hundirá su fe por falta de base, pues estos procuran renovar constantemente el material que la constituye; y cada vez con el mayor conocimiento que puede alcanzar el que desea con anhelo ser iluminado. El cimiento de su fe, unido á la práctica de la virtud, se irá solidificando, hasta alcanzar la dureza que posee el amor, comparado, por Jesus, á una roca inquebrantable.

VI.

El hombre nace débil, el llanto es la primera manifestacion de su vida; sin los desvelos de la madre ¿bien pronto moriria. Tiene el instinto de tomar el alimento que se le da pero no puede proporcionárselo por sí mismo.

Solo ella es la que con ternura y cariñosa solicitud se encarga de reglamentar su nutricion, porque sabe que sin un cuidado esmerado no puede darle la fuerza que proporciona el alimento, aunque este sea sano y administrado con abundancia.

El niño cuando se atiende á sus necesidades se fortalece y desarrolla apareciendo bien pronto su sonrisa atraida por los halagos de aquella que le dió el ser, y su vida empieza luego á tener una manifestacion distinta á la del bruto. Esto

se debe á que el espíritu comienza á tomar posesion del cuerpo que le ha de servir para su progreso.

No es un simple azar el que determina esta union: el espíritu la efectúa por su voluntad y deseo, para llenar las necesidades é inclinaciones que le son propias, siendo estas distintas en cada criatura, segun su progreso realizado.

Muchas veces sucede que al poco tiempo el cuerpo muere quedando bien pronto libre el espíritu que lo eligió, mas esto—que no puede entrar en su prevision al tomarlo por morada—no es un entorpecimiento para él; pues el dolor que muchas veces acompaña á la enfermedad que ocasiona la muerte, es el que lo hace ir en busca de los goces verdaderos.

La impresion viva de los últimos dolores y el estado confuso é indeciso en que se encuentran muchos espíritus despues de abandonado el cuerpo, es á lo que algunos de ellos califican de expiacion; pero deberian comprender—si su ignorancia lo permitiera—que sin el sufrimiento no sentirian la necesidad de procurar el mayor bien.

Lo he dicho varias veces que el dolor no es ningun castigo sino la condicion de la naturaleza finita, y la Sabiduría Absoluta, en su infinito amor, ha dispuesto que sea el poderoso estímulo para que el hombre ame y procure la felicidad.

Una sola encarnacion, que se podria llamar vida infructuosa sino pudiera renovarse despues de haber habitado el planeta, no es bastante para que la humanidad adquiera ni aun las primeras nociones del progreso.

De aquí dimana que no se comprenda todavía esa ley y que no sea admitida la doctrina que declara el perfeccionamiento sin fin de la criatura, por aquellos que no creen ni aceptan la pluralidad de las existencias del alma, como justo medio de depuracion.

La vida corporal le sirve al espíritu para despertar y poner en práctica el sentimiento de amor, pues este se aviva en presencia de los seres que en sus necesidades físicas lo reclaman, cuando estas traen algun sufrimiento.

El dolor es propiedad exclusiva del organismo, el espíritu solo siente falta de bien; pero este sentir es muy distinto al sufrimiento físico, pues los separa, en su modo de ser, una grandísima distancia.

Uno y otro son bien conocidos de la mayor parte de la humanidad, puesto que no ignora la horrible sensacion de un dolor agudo y la no ménos penetrante del sentimiento, que se origina por lo que se llama un pesar.

Con esto creo se comprenderá lo que trato de manifestar y es, que todo lo que es propiedad del organismo lo sufre el espíritu cuando está unido á él y que el pesar no afecta mas que al alma, ó lo que es lo mismo, solo ella lo siente.

He querido reseñar la diferencia que existe entre la sensacion que experimenta el espíritu cuando está encarnado y el sentimiento que la acompaña en estado libre, para que sea fructuosa la enseñanza de las virtudes que estoy desarrollando y procuro inculcar.

*
* *

Como la senda del amor es infinita, por ser la que nos conduce á Dios, el periodo de una vida terrestre es demasiado corto no solo para practicarlo, pero ni aun para comprenderlo.

La esperanza de ver el éxito de una empresa es la que conduce al hombre á ejecutarla, y ¿cúal podria ser el aliciente del espíritu que se propone la práctica del amor, sin la fe de llegar á poseer la virtud que es síntesis de todo bien?

Esta es la razon por lo que muchos no se sienten con la

fuerza necesaria para dar los primeros pasos y alcanzarla, pues careciendo de una y otra consideran aquella superior á sus fuerzas, resultando que á falta de méritos propios aguardan conseguir la bienaventuranza por gracia.

El bien en la virtud es infinito, porque es la escala que eternamente nos eleva hácia Dios. Así es que solo por una infinidad de etapas en la vida de la humanidad, puede la criatura ir connaturalizando el bien con su ser.

Sois muy pequeños en la vida de la perfeccion; pero no por eso desfallezcais, ántes al contrario tomad el alimento que os da vuestra madre. Procurad nutrirnos de amor y no desmalleis si no podeis apropiaros todo el bien que podria daros una práctica exclusiva de mis enseñanzas. Esforzaos en corresponder á mis cuidados con las primeras sonrisas, que serán manifestadas, por vuestros primeros pasos en la senda de la virtud.

*
* *
*

La fortaleza y templanza son tan necesarias al espíritu para su progreso moral, como lo son la justicia y prudencia; por que ninguna otra virtud seria posible alcanzar sin tener estas por base.

La fortaleza es la que sostiene al espíritu en sus decisiones para continuar en la práctica del amor, mas ¡quién lo dijera! que siendo este el camino que conduce al hombre á la verdadera felicidad, no parece sino que se trata de un gran sacrificio para seguir sus prescripciones.

Como si la ley que se ha impuesto á la humanidad fuera la mas fatigosa y difícil de cumplir, es necesario alentarla continuamente para que no falte á ella, mostrándole en perspectiva la mansion del bien á cuyo goce aspira incesantemente.

¿Por qué será el juicio de la ignorancia tan erróneo que supone hallar abrojos en donde solo hay flores, y donde reina el invierno mas desolador cree alcanzar una perpétua felicidad?—¡Ah! La razon de un juicio tan equívoco está en las pasiones entregadas al vicio.

¡Pobre humanidad, vuelve en tí! ¡Reconoce la senda por donde vas y mira que te apartas á cada momento de tu objeto!

Dime, ¿cual es tu ambicion? ¿qué es lo que incesantemente deseas? ¿no es tu bienestar y felicidad?—Pues si esto es así ¿por qué te apartas voluntariamente de ellas? Siempre que la satisfaccion de un vicio te vence ¿no sientes despues de saciado el hastio y la fatiga que te hace muchas veces pesada y aun fatigosa la vida?

Esto solo deberia ser bastante para hacerte repulsiva la caída en brazos del vicio, pero no es así; sino que infinidad de veces se busca mayor refinamiento en aquello que ya parece se ha hecho ordinario por frecuente, y que por lo mismo no satisface, esperando á conducirlo hasta lo excepcional, hasta la cúspide de la prostitucion, desde cuya cima se ve que aquello tampoco es el goce que se ambiciona, sino que muy léjos de satisfacer las aspiraciones del hombre ha estragado su naturaleza dejándolo débil y con enfermedades penosas, las que muchas veces le conducen á una muerte prematura.

¡Oh! es tan fácil caer en el potro del vicio dado el estado actual que guarda la sociedad en su modo de ser, que se va hácia él de una manera qua se puede llamar inconciente. Es tal el descuido con que se ve el desarrollo de la facultad denominada fortaleza, que no se sabe en que emplear una vida que no parece útil sino para los goces mundanos.

Esta es la razon porque no se busca la virtud ni se tiene

la fuerza para emprender y seguir su senda, haciéndose tanto mas difícil esta, cuanto mas natural es la pasión que en vicio se convierte.

Por eso es tan temible la lujuria, por que dimanando esta pasión de la ley de reproducción obliga al hombre á su cumplimiento por el estímulo del goce; pero bien se comprende que de esto al abuso hay una distancia tan grande como la que media entre la sana razón y la locura.

Tratamos del vicio que en la actualidad domina todavía con absoluta soberanía sobre el planeta, y que después de la soberbia es la que mayores estragos causa.

Parece que se ha querido hacer de este vicio una antítesis llamándole amor, pues es su oposición cuando no es el deber el que conduce al cumplimiento de la ley en el ser que forma la unión, y que bien puede ser amado.

La lujuria no sería tan nociva sino ocupara tanto el pensamiento de los que se entregan á ella y aun el de aquellos que les es desconocida por la obra, pues se encuentra muchas veces una alma prostituida en un cuerpo vírgen, **así como puede darse el caso de contener un espíritu vírgen un cuerpo que no lo sea.**

Sabed que no es el acto el que mancilla el ser espiritual sino el deseo, ese fuego incesante del lacivo que á cada momento le recuerda el goce y que le hace emprenderlo todo para saciarlo.

No hay antídoto ni razón bastante que pueda contener los impulsos del que está poseído de este vicio; le devora una ansiedad tan sojuzgadora que si tuviera la certeza de las tan mentadas llamas del infierno iría á ellas, antes que retroceder en sus instintos de lujuria,

Solo la templanza puede, por un desarrollo sucesivo, poner freno á tan terrible pasión. Por esto debe moderarse ante todo el pensamiento para que solo la imperiosa necesi-

dad de cumplir con la ley sea lo único que conduzca al hombre á la unión que debe regir el matrimonio, advirtiéndole que ni aun en este es legal la inmoderación.

La reproducción de la especie viene precedida de muchos estímulos por las cuales la naturaleza llama al cumplimiento de la ley. La misión del espíritu no está en contrariarla sino en cumplirla dentro del orden.

El hombre cuando está dominado por la sed de goce no tiene en consideración la ley, y por eso es que se entrega al vicio; pero si el espíritu en su aspiración al progreso trata de hacer uso de sus facultades y de desarrollar los buenos sentimientos que empiezan á germinar en él, puede poner medida á la pasión.

El vicio es un hábito de gozar inmoderadamente de lo que, en sus leyes varias, nos ofrece la naturaleza; y cuando este domina en el hombre lo ciega en tanto grado que casi anula su poder para oponerse á la consumación de aquellos actos á que se siente como arrastrado. Sin embargo, la fortaleza da señales de existencia tratando de que el espíritu se muestre señor y soberano de la materia, y como la templanza se manifiesta también, cuando este la desea, empieza, en este caso, la lucha tenaz contra la pasión.

El hombre siente las insituciones de la carne, y tratando de rendir su tributo á la ley de una manera legítima, busca el modo de satisfacerlas.

Conoce los caminos que con el calificativo de lícito é ilícito ha podido apreciar, y según la sociedad en que vive procura la sanción de sus actos en el matrimonio, el cual contrae bajo los ritos de la Iglesia ó ceremonias civiles del centro en que se halla.

Cuando el estímulo de la pasión—si no es el de otras miras mas ruines—es lo que lo conduce á tomar estado, cumple

con una ceremonia y se cree legalmente unido. Mas yo pregunto: ¿Cómo se considera lícita esta union y ánte quien se trata de legalizarla? Si ha de ser ánte la sociedad, con la ceremonia civil ó religiosa está legitimada; pero si ha de satisfacer la propia conciencia y la moral del individuo, es preciso saber primero cuales fueron los móviles de su matrimonio.

Si este se verifica por amor á la progenie es de toda legitimidad, si por amor á la persona que ha de ser consorte y no con el fin de tener fruto es legítimo á medidas, por que no es la ley la que se desea satisfacer.

El matrimonio se funda en el cumplimiento de la ley de reproduccion, de modo, que su primera mira debe ser la familia. Por esto se debe buscar para verificarlo una persona á quien se ame con el fin de que el amor sea el lazo que una los **conyugues** y el que de proteccion á los seres que vienen al mundo sin que tengan que avergonzarse de su origen.

Cuando la union se efectua solo para satisfacer la pasion no hay matrimonio aunque aquella se verifique con multitud de ceremonias y se dé cumplimiento á todas las leyes humanas, y si se consuina tan solo por miras de mundano interés, es entónces la inmoralidad y abominacion encubiertas con el manto de la ley.

VII.

Los conocimientos que el hombre puede poseer para la aplicacion de las leyes naturales, se adquieren por la experiencia y la comprobacion, pero la ciencia llamada don del Espíritu de Verdad se consigue por la práctica del amor.

El estudio de la naturaleza conduce á la humanidad al

progreso material; la perfeccion espiritual se efectúa por el amor á la verdad, y como esta es la más real y estable que se conoce, de aquí la aspiracion incesante que se tiene de alcanzarla y poseerla.

En la creacion hay una necesidad que se hace palpable en los seres que forman la colectividad humana, y es la de saber hácia donde marcha en su progreso incesante; y como cada uno de sus individuos desea saber de donde viene y á donde vá, de aquí resultan los varios sistemas filosóficos y religiosos que existen entre los hombres.

Mas ¿cuál de ellos merecerá el título de verdadero siendo asi que todos se proponen la solucion del mismo problema?

Conteniendo cada uno de ellos un número de verdades adquiridas en relacion á su estado de progreso, el mal no consiste en la diversidad de sistemas sino en que todos pretenden estar en posesion de la verdad absoluta, cuya pretension da origen á que aquellas se encuentran tan íntimamente ligadas con el error que parece imposible poder separarlas.

Sin embargo: nada más fácil que esto si para ello se tiene una voluntad perseverante en seguir la senda del progreso moral.

Revistiéndose del deseo de poner en práctica el amor, móvil y fin de toda virtud, vendrá sobre aquel que tenga los propósitos que acabo de indicar, el don de sabiduría, y este le hará separar en lo íntimo de su conciencia lo verdadero de lo falso.

La filosofía, como todas las ciencias humanas, no es una palabra vana. Ella busca, en la naturaleza, leyes que le sirvan de apoyo para establecer un sistema; pero debe advertirse que todo aquello que tiene un carácter exclusivista